

Pequeña antología de Matías Miguel Clemente

tan solo con estas botas me soporto
me abrazo al calor irremediable
de la piel
me contesto a mí mismo
con la certeza de un jurado
con el poder practicable
con la salud necesaria
para irrumpir en el cáncer
y en la podredumbre
que nos administra

solo con ellas
se me hace álgida la mirada
y la postura de los buitres vencedores
me corona

y es más

y soy más

y resto importancia al mundo
a la suma gravedad de la muerte
y a ti vestida de cinc

azul

cielo mio

(De *Lo que queda*, DVD Ediciones, 2003)

desnudo

quedo

roto

coleteando como pez de milagro

vacío como un mito

sin dogmas

ante la prohibición de arrodillarme

y clamar aliento

o madera

o puntas para clavarme en las manos

todas las muertes

que nos hemos comido

como hombres malheridos

en la guerra

harto de pintarme cruces

tirado

con todos los pecados

y las botas puestas

me reconocen entonces los forenses

los cardenales morados

el parte de guerra y confesión

la política lo social

un mendigo que me vio romper dioses

con un hacha

tú que volviste al mundo

sin mirar atrás

con el rastro con el amor
con todo lo que queda
arrepíentete al menos
de haberme dado cuerdas

(De *Lo que queda*, DVD Ediciones, 2003)

línea

qué difícil asumir la barrera de lo perceptible
de lo que es palpable
no tener una propuesta digna con la que buscar asamblea
detrás de la línea
qué difícil darse cuenta del límite que hay en la piel
ver con los ojos en la espalda
cómo se pudren atrás los colores cuando llevan ya
mucho tiempo así jugando con el aire
cómo la ingrata marea que es el aire
deja los pulmones con una agridulce sensación de botella cerrada
se va el color sin dejar rastro y molesta el roce del aliento
—entonces— como soplar cristales en un ojo
qué difícil acertar en los puntos del cuerpo
mirad si no las líneas de mi mano seguid la línea cálida
probad con una

(De *Los Límites*, La Garúa Libros, 2007)

levedad

que no es posible que no hay calco posible
que la multiplicación solo resume al germen
y no a la sombra

que no soportamos los binomios –el indio o el vaquero-

que no soportamos como lo hacíamos con nuestros cuerpos

que el negro es negro sin más referencia ni casamiento

que el blanco es el miedo convertido en un paño de cocina

si me repitiera tantas veces como para ir dejando
la sangre del recuerdo a cada paso como una venganza
no sería más feliz que viendo el vacío tras de mí

si nos repetimos como las piedras en una lapidación
malo
pegadme –lo pido- coscorriones contra la pared

si somos leves como un anuncio de coche
malo
soltadme –lo pido-

(De *Los Límites*, La Garúa Libros, 2007)

La cella delle pazze

(La celda de las locas)

Con el cuadro de Giacomo Grosso

Cómo llega una piedra a un lugar nuevo
sin que las demás piedras no se alteren.
Donde nada hay nada es alterable
pero una piedra avanza y eso es algo.
Llegará donde nadie esté a la espera
y hará de su llegada
un murmullo de choques.

Nada la reconocerá al principio:
una piedra no cambia de un día para otro
sin que no cambien las demás.
Ha de llegar de forma insospechada
y, cuando logre desplegar su aliento,
mineral y sonoro,
ninguna otra se dará por aludida.

Santa cordura la del hierro,
bendita la locura de la piedra
que choca sin pedir nada más que aire

para el frágil incendio de su aullido.

(De *Una arena tan sensible*, La Bella Varsovia, 2024)

Valor

Porque no hay canto alguno sin el humor del cuerpo

Miguel Ángel Velasco

Quién diría que el hierro iba a vestir

la piel de los guerreros,

que irían estos escondidos

bajo el arco de su eterna dureza.

Quién diría que estaba allí mucho antes

de que ardiera en las fraguas,

bajo unos brazos que lo trabajaron,

incansables, como astros que no huyen.

Quién diría que brazos, manos, dedos,

que lo fundieran, que lo traicionaran,

se harían después huéspedes de su ánimo.

Quién diría que aquellas raudas piernas

serían capaces, tan jodidamente,

de asaltar los jardines sin rozarlos,

sin que una sola greba los tocara.

Quién diría que aquella piel cobriza
se soldaría fuerte con el hierro,
en un material puro,
en el momento en que una sola espada
atravesara el corazón atómico
de las corazas.

Quién pensaría
que esa aleación de sangre, hierro y dermis
sería germen, siembra para el canto,
empasto cruel para la leyenda,
pomada que sanara —en cuanto fuese ungida—
los ánimos de los que, como yo,
no tenemos valor
para humillar al tiempo
ni a su ejército.

(De *Una arena tan sensible*, La Bella Varsovia, 2024)